

creta á hacerle este servicio, presumiendo que su comunidad tenía necesidad de él ; lo cual causó admiracion á todos los religiosos que fueron testigos del cuidado particular que Dios se dignaba tomar de ellos,

Capitulo III.

El zelo de Pacomio por el mantenimiento de la observancia y de la perfeccion de sus religiosos no le daba punto de reposo. Además de las frecuentes visitas á sus monasterios, visitaba frecuentemente á los religiosos en particular en su celda, para ver lo que hacian ó cuáles eran sus necesidades ; y si se apercibía que habia que reformar alguna cosa, no dejaba de advertírsela caritativamente. Haciendo una de estas visitas fué cuando Dios le concedió el don de lenguas en favor de un hombre de calidad llegado de Roma, que se había retirado entre sus religiosos.

El Santo quiso conversar con él, ya para conocer su caracter y sus disposiciones, ya para ayudarle con sus consejos en el estado que había abrazado ; pero como él no sabia hablar sino la lengua egipcia, y el romano, que no hablaba sino la latina y la griega, tenía dificultad en abrirle su corazon por medio de intérprete, hizole señal de que se estuviese en paz, porque iba á rogar á Dios y dentro de poco volvería á él.

Fuése pues á poner en oracion y dirigió á Dios la siguiente súplica : « Señor, Dios todopoderoso, ya veis que ignoro la lengua de los que aquí vienen de diferentes paises del mundo ; es inutil que me los envieis si por esta falta no les puedo ser de ninguna utilidad. Dignaos, pues, Dios mio, si quereis serviros de mí para su salvacion, concededme la gracia de entenderles y de que me entiendan, á fin de que yo les conduzca como deseais. »

Perseveró tres horas haciendo la misma súplica, y por

último se encontró entre las manos un papel que le fué dado por una mano invisible. Leyólo, y leyéndolo recibió el don de hablar todas las lenguas. Al instante dió por ello acciones de gracias al Señor : y habiendo vuelto hácia el romano, le habló en griego y en latin con tanta pureza que aquel estrangero confesó que no se podian hablar mejor estas dos lenguas.

Fué exacto en visitar sus monasterios mientras tuvo para ello fuerzas. Y si acaso sucedia que no hubiese tenido tiempo de ver á los hermanos tan frecuentemente como lo deseaba, suplía esto escribiendo á los superiores los consejos que juzgaba necesarios.

Siempre estaba dispuesto á ponerse en marcha y á obrar, cuando se trataba del consuelo de sus religiosos. Fueron á él algunos del monasterio de Chenobosco y le dijeron que habían dejado en él á uno de los suyos muy enfermos, y que deseaba mucho recibir su bendicion antes de morir. Hizose pronto un deber de darle esta satisfaccion ; pero apenas hubo hecho un poco de camino cuando vió el alma de aquel hermano subir al cielo por la parte de Oriente, acompañado de los ángeles que cantaban un cántico celestial. Esta maravillosa vista le obligó á detenerse ; y como los religiosos que con él estaban y que nada veian de aquellas maravillas le rogasen que se apresurase por miedo de que el enfermo expirase en su ausencia, les dijo que era inútil que fuese más allá, porque acababa de ver al alma de aquel hermano subir al cielo, habiendo aquellos religiosos ido enseguida á Chenobosco, é informándose del tiempo en que habia fallecido el enfermo encontraron que era precisamente en el momento que el Santo se lo habia dicho.

El conocimiento sobrenatural que Dios le daba algunas veces del estado de sus religiosos despues de su muerte, se extendía tambien á las faltas de los hermanos ausentes, aun las más ocultas. En una conferencia que hacia á sus

discípulos, sintiose de repente fuertemente inspirado á interrumpir su discurso, y llamando al ecónomo del monasterio, le dijo en voz baja : « Id á tal celda y observaréis en ella á un hermano que olvida el cuidado de su alma, porque no solamente no viene á oír la palabra de Dios, sino que en lugar de vacar á la oracion en su celda, duerme en ella tranquilamente. Yo no veo que obrando así merezca ser llamado monge.

Estando un dia el Santo cerca de Pabau con Teodoro, Cornelio y algunos otros, se detuvo como si hubiese hablado con alguno, y conoció por revelacion que la tarde anterior se habia violado en Tabennes la órden que habia de guardar silencio en la panadería al hacer los panes, y sobre todo los que estaban destinados para el altar, envió allí al instante á Teodoro, quien les encontró en falta y volvió á darle la noticia ; por lo cual el Santo abad le dijo estas hermosas palabras : « Esos hermanos piensan quizás que las reglas que les damos no son más que órdenes de los hombres. Aun cuando ellas no parezcan gran cosa, no dejan de ser de consecuencia. ¿ Ignoran ellos que todo el pueblo de Israel permaneció siete dias en silencio delante de la ciudad de Jericó, como se lo habia mandado Dios, y que solo despues de esto fué cuando habiendo gritado todos á una voz, se hicieron dueños de dicha ciudad, porque habian sido fieles á la órden de Dios, aun cuando no la hubiesen recibido sino de la boca de un hombre ? Aprendan, pues, los hermanos á ejecutar lo que les está prescrito, á fin de que Dios les perdone su negligencia, porque si esta regla fuese inútil yo no se la hubiera dado ».

Fuese en seguida á Tabennes, en donde muy pronto dió una prueba de su exactitud en la observancia de la regla así como de su dulzura y modestia ; porque despues que hubo hecho su oracion, se fué al lugar en donde se hacian las esteras y púsose allí á trabajar con los otros. Mientras

hacia su trabajo, un niño del número de los que se educaban en la casa le dijo con sencillez que no trabajaba bien, y que Teodoro les habia enseñado á hacerlo de otro modo. Al instante se levantó y respondióle con dulzura : « Enséñame, hijo mio, cómo hay que hacerlo. » El niño se lo enseñó, y él se volvió al mismo sitio con alegría ateniéndose á lo que le habia dicho.

Su historiador cita otros ejemplos de la humildad perfecta del Santo. Muy lejos de considerarse como el superior de los demás, no se consideraba sino como el designado de Dios para servirles.

A causa de esta misma virtud de la humildad, aun cuando era el abad general de toda la Congregacion, estaba más que ninguno de los hermanos sumiso al superior del monasterio en que se hallaba y cuando otro diverso de él hacia la conferencia espiritual, aplicaba á ella toda su atencion, mirándose como un ignorante que más que otro alguno tenia necesidad de instruccion.

Tambien vivía en una tal dependencia de los otros oficiales del monasterio en lo que concernía á sus empleos, que nada quería tener para su uso particular, y lo recibia como de limosna de sus manos, aun los cosas más necesarias á la vida ; temiendo menos, dice su historiador, las penas del infierno, que dejar de conformarse en todo con la dulzura y humildad de Nuestro Señor Jesucristo.

Podemos igualmente mirar como una prueba de su humildad, aquella admirable paciencia que mostraba en todas ocasiones y que no se desmentía jamás. Cierta dia le fué á ver un anacoreta y, mientras conversaba con él, dijo á su discípulo Teodoro que hiciese preparar alguna cosa para darle de comer á aquel religioso. El demonio, que quería hacer caer al Santo en impaciencia, impidió que este discípulo le comprendiese, y le hizo entender todo lo contrario. Lo mismo sucedió cuando, en defecto de Teodoro,

el Santo dió esta comision al ecónomo del monasterio que en aquella ocasion pasaba por allí. Entonces Pacomio, que no sabía la estratagema del demonio, y que solamente se apercibió de que ni Teodoro ni el ecónomo habían hecho lo que les habia dicho, considerando que Dios lo permitía así para hacerle practicar la paciencia, se levantó con alegría y fué á preparar por sí mismo lo que era necesario para dar de comer á su huésped.

Después que le hubo despedido, terminada la comida, llamó á Teodoro y al ecónomo para saber de ellos porqué causa no le habían obedecido. Ellos respondieron que no habian oido otra cosa sino que le dejasen hablar con libertad con aquel anacoreta. A esta respuesta, comprendiendo Pacomio el artificio de que habia usado el demonio para hacerle caer en falta, dijo suspirando: « Bendito sea el Señor que nos ha conservado en paciencia, y nos ha dado á conocer la astucia del maligno espíritu. Aprovechaos, hijos míos, de este ejemplo para practicar la dulzura y la paciencia en semejantes casos; porque yo sé que los enemigos de nuestra salvacion no dejan de tendernos lazos. »

Todas las noches tenía costumbre de hacer á sus hermanos un discurso sobre los deberes de la vida religiosa. Estando cierto día reunidos los hermanos, ordenó á Teodoro, que entonces solo tenía veinte años, y hasta parecia más joven de lo que era, que hablase en su lugar. Por más pena que tuviese este jóven discípulo en discurrir sobre las cosas de Dios delante de una tan numerosa asamblea, obedeció sin embargo sin alegar que no habia sido prevenido. Entonces algunos ancianos, ofendidos de que se les diese por catequista á un religioso á quien ellos miraban como novicio en las cosas espirituales, se fueron de la asamblea y se retiraron á su celda.

San Pacomio hizo como que no lo veía; pero cuando hubo despedido á los religiosos despues del discurso y de

la oracion que le seguia hizo llamar á aquellos ancianos y les dijo: « ¿ Porqué habeis dejado la compañía de los hermanos en el tiempo de la conferencia espiritual? » — « Vos nos habeis dado, le respondieron, un novicio para instruirnos como si fuese muy capaz de dar lecciones á todos los religiosos, aun á los más venerables de la órden ».

A estas palabras el Santo abad suspiró profundamente y les dijo: « ¿ No sabeis bien que por el orgullo han comenzado todos los males en el mundo? ¿ No sabeis que el orgullo precipitó á Lucifer en los abismos y redujo á Nabucodonosor á la condicion de las bestias? ¿ No habeis aprendido que está escrito que el que se levanta en su corazón es abominable á los ojos de Dios, y que el que se enorgullece será humillado? Hé ahí que por no haber querido considerar que la soberbia es el principio de todos los males, el demonio os ha despojado de todos los adornos de las virtudes; porque no penseis que retirándoos de la asamblea hayáis solamente mostrado desprecio de Teodoro, sino que tambien lo habeis mostrado de la palabra de Dios, y habeis arrojado de vuestra alma al Espíritu Santo. ¡ Oh! ¡ cuán grande es en esto vuestra desdicha y cuán dignos sois de compasion! ¿ Cómo no habeis comprendido que solo por la astucia del demonio podia suceder el que de este modo abandonáseis á Dios y su servicio? Sin duda que yo no puedo pensar en esto sin admiracion. ¡ Cómo! Dios se humilló por nuestro amor haciéndose obediente hasta la muerte de Cruz; y nosotros, viles y abyectas criaturas, nos hinchamos de orgullo? De seguro que el órden está aquí muy invertido. Aquel que, por su grandeza y poderio, está sobre todas las criaturas se ha conquistado el mundo con la humildad, mientras que podía aniquilarle con una sola de sus miradas; y nosotros, miserable nada, nos atrevemos á levantarnos con orgullo, no comprendiendo que por ahí nos hacemos todavía más despreciables? ¿ Os he dado yo

ejemplo de abandonar la asamblea cuando Teodoro ha hablado en ella ? ¿ No le he escuchado yo con atencion como los demás hermanos ? Y á la verdad os aseguro que he encontrado mucho de que aprovecharme en su discurso. A más de que no se lo he yo mandado hacer á fin de que se ejercitase, sino más bien para la utilidad y el consuelo de mi alma. Si, pues, yo á quién mirais como vuestro padre y vuestro superior, no he creído degradarme escuchándole, como teniendo necesidad de ser instruido ; ¿ porqué os habeis desdeñado de hacer lo mismo ? Os lo digo en presencia de Dios : si no expiais vuestra falta con lágrimas y con una severa penitencia, de seguro que os perdereis ».

Recomendaba tambien á sus discípulos que se guardasen de la vanidad, y menos se perdonaba él á sí mismo que á nadie. Cuando se apercibia que se levantaba en su corazon algun sentimiento de alegría vana ó de secreta complacencia, lo ahogaba al instante ó destruía su causa en cuanto estaba en su poder. Esto hizo generosamente cuando, habiendo edificado una iglesia en su monasterio de Moncosa con columnas y otros adornos, la encontró á su gusto y sintió alguna complacencia, pareciéndole que había salido bien. Pero persuadido que aquel gozo no podía provenir en él sino del demonio de la vanidad, púsose en oracion, y despues hizo tirar por los hermanos las columnas con cuerdas que habia atado á los capiteles, que las hizo torcer por el lado y quedó el edificio más bien disforme que agradable. Cuando se hubo hecho esto como deseaba, tomó de ello ocasion para advertir á sus religiosos que reprimiesen cuidadosamente en su corazon los sentimientos de complacencia que pudieran experimentar cuando hubiesen salido airosos en alguna obra, por miedo de que adhiriéndose á ellos ó dejándose lisonjear por las alabanzas de los hombres, el demonio no les hiciese perder el mérito de su trabajo.

Para fortificar tambien á los hermanos contra las diferentes tentaciones, recomendábales principalmente dos cosas : la primera que se confirmasen sin cesar en el temor de Dios ; la segunda que descubriesen sus tentaciones á los que estaban más esclarecidos, á fin de aprender de ellos á vencerlas. « A la manera, decia él con motivo del temor de Dios, que nos servimos del fuego para purificar los vasos y hacerlos muy limpios, así el temor del Señor purifica el corazon del hombre de sus viciosos afectos y lo convierte en vaso de eleccion agradable al Señor, preparado para todo lo que es virtud.

Esto decia en su monasterio de Tabennes, á donde había ido expresamente para hablar á sus religiosos sobre el arte de combatir las diversas tentaciones de ambicion, pereza, envidia y avaricia que el demonio suscita algunas veces entre los solitarios. Pero además tenia en vista á un religioso particular á quien queria corregir con su discurso, sin que los otros hermanos lo comprendiesen. Por esto, al final de la conferencia, añadió unas palabras que eran un enigma para los demás ; pero que fácilmente podían ser entendidas por el que era culpable, y dijo : « Que se podría ver en un vaso de tierra el objeto que le había hecho venir á aquel monasterio ».

Este enigma, que solo miraba á quien el Santo tenía en la mente, hizo descubrir la falta de otro, llamado Elias, quién creyó que Dios se la habia revelado. En efecto, este religioso, que era muy sencillo, estando tentado de golosina, había tomado furtivamente algunos higos y los había escondido en un vaso de tierra para comérselos á escondidas. Creyéndose, pues, descubierto por las palabras del Santo abad, salió prontamente de la sala, fué á tomar este vaso, volvió á la asamblea, y presentando en medio de los hermanos su hurto al santo abad, le dijo humildemente : « Os confieso, padre mio, que yo he tomado esto. » Todos